

»tes; y no hay reparo en que se celebren legítimamente con los diputados posibles, porque la necesidad dispensa y recomienda lo mismo que en otras circunstancias no debería ejecutarse... (4).» Concluía la consulta pidiendo la libertad de la imprenta, como un medio conveniente á la defensa y felicidad de la nacion.

Ideas notables, y en verdad bien estrañas en boca de una corporacion que pocos meses hacia se habia mostrado hasta desafecta á la celebracion de Córtes, y que en su famosa consulta de 4 de febrero pidió, y lo consiguió, que en la fórmula del juramento de los regentes se suprimiera lo que se refería á la convocatoria, diciendo que no se tratára de Córtes mientras no mudára mucho el estado de la nacion. Pero cualquiera que fuese la causa de esta novedad en las opiniones del Consejo, sus últimos deseos se vieron cumplidos, puesto que al tiempo de poner los ministros sus rúbricas en la consulta (19 de junio), se encontraron con un decreto de la Regencia, convocando las Córtes del reino para el próximo mes de agosto.

Dada cuenta de este interesante episodio político, cúmpenos ahora volver á las operaciones militares que dejamos pendientes.

(4) Consulta del Consejo de 17 de junio.

CAPITULO XI.

PORTUGAL.—MASSENA Y WELLINGTON.

LA GUERRA EN TODA ESPAÑA.

SITUACION DEL REY JOSÉ.

1810.

(Junio á fin de diciembre.)

Fuerza militar francesa que habia en España, y su distribucion.—Preparativos para la famosa espedicion á Portugal.—Sitio de Ciudad-Rodrigo.—Capitulacion y entrega de la plaza.—Abandono en que la dejaron los ingleses.—Proclama de Massena á los portugueses desde Ciudad-Rodrigo.—Sitio y toma de Almeida.—Desaliento de los ingleses y firmeza de Wellington.—Los franceses en Viso.—Ataque y derrota de éstos en la montaña de Busaco.—Retírase Wellington á las famosas líneas de Torres-Vedras. Descripcion de estas posiciones.—Detiénese Massena.—Fuerza y recursos respectivos de ambos ejércitos.—Impasibilidad de Wellington.—El francés hostigado por todas partes.—Mision del general Foy á Paris.—Auxilios al ejército francés.—Sucesos de Extremadura, del Condado de Niebla y del Campo de Gibraltar.—Expediciones de Lacy.—Estado del bloqueo de la Isla.—El general Blake en Murcia.—Invade este reino el general Sebastiani.—Retírase escarmentado.—Accion de Baza, desgraciada para los españoles.—Sucesos de Valencia.—Desmanes del general Caro.—Es reemplazado por Bassecourt.—Aragon y Cataluña.—Célebre sitio de Tortosa.—Operaciones de los generales franceses

Macdonald, Suchet, Habert y Leval.—Id. de los españoles O'Donnell, Campoverde y otros.—Audaz y hábil maniobra de O'Donnell sobre La Bisbal.—Dificultades del sitio de Tortosa.—Movilidad y servicios de Villacampa.—Cómo fué llevada la artillería francesa por el Ebro.—Ataque terrible de la plaza.—Capitula la guarnicion.—Organizacion y servicios de las guerrillas en toda España.—Revisa de los principales guerrilleros que se movian en cada provincia y en cada comarca del reino.—Disgustosa y desesperada situacion del rey José, y sus causas.

A más de 300.000 hombres hacen subir los escritores españoles las fuerzas que tenia Napoleon en España en junio de 1810: á 270.000 las reducen los historiadores franceses que quieren ser tenidos por mas imparciales (4). «Con tan considerables fuerzas, dice uno de éstos (y éranlo en verdad, aun suponiendo que no escedieran de la última cifra), lisonjeábase el emperador de someter facilmente las plazas de Cadiz y de Badajoz, y de arrojar el ejército inglés de Portugal, creyendo poder dispensarse ya de disimular mas tiempo sus proyectos sobre la España.» La expedicion á Por-

(4) Estaban distribuidas de la manera siguiente: ejército del Mediodía, en Andalucía, los cuerpos 4.º y 4.º; mariscales Victor y Sebastiani; general en jefe el duque de Dalmacia; fuerza, 55.000 hombres:—ejército de Cataluña, 7.º cuerpo, mariscal Macdonald, duque de Tarento; fuerza, 36.500:—ejército de Aragón, 3.º cuerpo, mariscal Suchet; fuerza, 27.000:—ejército del Centro, Castilla la Nueva, general en jefe el rey José; fuerza, 49.000:—ejército de Portugal, cuerpos 2.º 6.º y 8.º; mariscales, Reynier, Ney, Junot; general en jefe, Massena; fuerza, 64.000:—Extremadura, 5.º cuerpo, mariscal Mortier; no consta su fuerza:—Asturias y Santander, general Bonnet; 13.000 hombres:—Valladolid, Palencia y Toro, general Kellermann; 16.000:—Burgos, general Dorsenne; 10.500:—Vizcaya, general Thouvenot; 40.000:—Navarra, general Dufour; 7.000:—Camino de Valladolid, tropas de refresco que entraron de Francia, 9.º cuerpo; general conde de Erlon; 12.000.

tugal era sin duda el pensamiento que preocupaba más á Napoleon, la empresa en que habia mostrado mas interés, y de la que más se prometia. Como principio de ella, y para no dejar aquel padrastró á la espalda, era menester apoderarse de la plaza española de Ciudad-Rodrigo, fronteriza de aquel reino, cuyo sitio dejamos pendiente en el anterior capítulo, defendiéndose heroicamente los sitiados. Muchos fueron sus actos de heroismo.

El 25 de junio comenzaron el ataque general los cañones, obuses y morteros de las siete baterías enemigas, y el 26 batieron en brecha, y derribaron el torreón llamado del Rey. El 28, habiendo llegado ya á su campo el mariscal Massena, intimó Ney á su nombre la rendicion de la plaza. «Después de 49 años que llevo de servicios, contestó serenamente el bravo gobernador Her-rasti, conozco las leyes de la guerra y mis deberes militares.... Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular.» Soldados, hombres y mugeres de la poblacion participaban del espíritu de aquel denodado gefe; ayudábanle gustosos en todo, y nuestros artilleros, dirigidos por el brigadier don Francisco Ruiz Gomez, hacian en los enemigos grande estrago. No contento Massena con las obras de ataque de Ney, dedicóse activamente á mejorarlas. El 3 de julio, después de porfiadas acometidas, ocuparon los franceses el arrabal de San Francisco, aunque volviendo luego los nuestros sorprendieron en él al enemigo y le mataron mucha

gente. Con esto se enardecían más cada día; pero redoblando también su fuego las baterías francesas, el 8 abrieron una brecha de hasta 20 toesas en la muralla alta. Esperando habían estado siempre los nuestros el socorro del ejército inglés, que tan cerca se hallaba, no comprendiendo cómo pudiera faltarles; mas no solo les faltó, sino que se supo con admiración y asombro que se alejaban en vez de aproximarse⁽¹⁾. Entonces de conformidad el gobernador y las demás autoridades resolvieron capitular (10 de julio).

Invitado fué el gobernador Herrasti por el mariscal Ney á pasar á su campo para tratar de la capitulación, y así lo hizo. Elogios recibió el veterano español, y bien los merecía, del mariscal francés por su buena defensa, anticipóse éste á ofrecer condiciones honrosas quedando la guarnición prisionera de guerra, y así lo cumplió. Solo fué cruel con los individuos de la junta, á quienes con ignominia condujeron á pie hasta Salamanca, trasportándolos á Francia después. También el duque de Rívoli (Massena) en su parte hizo el debido honor á aquella defensa, diciendo: «No hay idea del estado á que está reducida la plaza de Ciudad-Rodrigo: todo yace por tierra y destruido; ni una sola casa ha quedado intacta.» Comprendese el

(1) A los pocos días se leían en el Monitor de París estas frases: «Los clamores de los habitantes de Ciudad-Rodrigo se oían en el campo de los ingleses, seis leguas distante, pero éstos se mantuvieron sordos.»—Las palabras llevaban la intención que se deja comprender, pero eran verdad.

disgusto y enojo de los españoles por el comportamiento de lord Wellington, á quien ni los ruegos de los defensores y autoridades de Ciudad-Rodrigo, ni los del gobierno, ni los del marqués de la Romana que á propósito desde Badajoz pasó en persona á su cuartel general, lograron persuadir á que se moviera en socorro de la plaza. Se entiende que el resentimiento de semejante abandono impulsó á hombres como don Martín de la Carrera á unirse al marqués de la Romana separándose desde entonces del ejército aliado, y no queriendo servir ya en él. Concedemos que Wellington tuviera motivos razonables para huir de aventurar una batalla con el ejército francés, superior entonces al suyo; mas si prudente fué acaso su inmovilidad como general del ejército británico, dudamos que tal prudencia fuera tan compatible con sus deberes y compromisos como aliado de España, que bastaría á sincerarle y absolverle por completo de las censuras que de su conducta se hicieron en aquella ocasión.

Conveníale al francés no dejar estorbos por aquella parte á la espalda del reino lusitano. A este fin destacó algunas fuerzas para ahuyentar al general Mahy, que desde el Vierzo había avanzado á Astorga y la tenía estrechada: otras se encargaron de arrojar de Alcañices al partidario Echevarría, que se defendió brava y tenazmente, bien que perdiendo en su retirada bastante gente acuchillada por la caballería fran-

cesa; y á otro general, en fin, se le encomendó apoderarse de la Puebla de Sanabria, pequeña y débilmente fortificada villa que ocupaba con alguna tropa don Francisco Taboada y Gil, el cual por lo mismo la desamparó fácilmente. Pero poco después fué recuperada por los españoles, haciendo prisionera la guarnicion, y para tomar definitivamente posesion de ella costó á los franceses enviar otra vez en agosto una division de cerca de 6.000 hombres.

Desde Ciudad-Rodrigo dió Massena una proclama á los portugueses, diciendo entre otras cosas, que se hallaba al frente de 110.000 hombres; cómputo acaso mas modesto que exagerado, si se contaba no solo la gente que á la sazón tenia consigo, sino la que le obedecía en Astúrias, en Leon, en Castilla y en Extremadura, y aun los 20.000 guardias jóvenes que Napoleon había ofrecido seguirían al 9.º cuerpo para cubrirle la espalda. Menos exactos nos parecen algunos escritores franceses en la fuerza que atribuyen al ejército anglo-lusitano, pues suponen constaba de 30.000 ingleses y 40.000 portugueses disciplinados, sin contar las milicias organizadas y las partidas sueltas. No era ciertamente la fuerza numérica la principal dificultad que tenía que vencer el ejército invasor: era lo quebrado y accidentado del terreno, lleno de ásperas montañas y de profundos valles, con poquísimos caminos practicables para el arrastre de la artillería: era la falta de víveres en un país poco abun-

dante, y en que las poblaciones tenían órden de la Regencia para abandonar bajo pena de la vida sus moradas á la aproximacion de los franceses, y para llevar consigo ó destruir todo género de subsistencias. Tampoco le favorecía la especie de rivalidad, ó al menos poca concordia que habia entre el príncipe de Essling y el duque de Elchingen (Massena y Ney), ambos de carácter indomable, no muy conformes en pareceres, hecho á mandar el uno, poco acostumbrado á obedecer el otro, y de los cuales cada uno tenia sus apasionados y detractores.

La segunda plaza que Massena habia de tomar segun instruccion espresa de Napoleon era la de Almeida. Once baterías con sesenta y cinco bocas de fuego plantaron contra ella los franceses (del 15 al 20 de agosto). Sin embargo, la plaza estaba bien fortificada y municionada; con muy vivo cañoneo contestaban tambien los sitiados, y elementos habia para esperar que se defendiera mas tiempo que Ciudad-Rodrigo. Mas hizo la fatalidad que al anochecer del 26 (agosto) una bomba arrojada por los sitiadores incendiára los almacenes de pólvora del castillo antiguo situado en medio de la ciudad, y volándose con horroroso estruendo, con la esplosion se desmontaron los cañones, se aportillaron los muros, se arruinaron ó resintieron casi todas las casas, y hasta quinientas personas perecieron bajo sus escombros. Aprovecharon los franceses el estupor producido por aquel horrible

desastre para intimar la rendición, hubo dentro además un motín acaudillado por un oficial portugués, y el gobernador tuvo que entregarse quedando prisionera de guerra la guarnición. Sospechóse connivencia en los de dentro con portugueses que estaban en el campo francés, y la sospecha no debió ser infundada, puesto que de los prisioneros no pocos oficiales y soldados, así de línea como de milicias, se alistaron en las banderas francesas.

Mucho desalentó á los ingleses la pérdida de las dos plazas; desanimados escribían los oficiales, y el mismo gobierno británico daba á entender que no le pesaría la retirada de su ejército. Solo Wellington se mantuvo firme, confiando todavía en sus medios y en sus planes. Lo que hizo fué replegarse á la izquierda del Mondego, estableciendo su cuartel general en Gouvea. El general Hill observaba en el Alentejo al francés Reynier, que permanecía con el 2.º cuerpo en Extremadura. Massena con el 6.º y 8.º se fijó en las cercanías de Almeida. La dificultad de los víveres, la mala voluntad de los pueblos, y las guerrillas españolas que le ponían no poco embarazo, le detuvieron allí cerca de un mes, con harta impaciencia y extrañeza de Napoleon, que desde lejos no comprendía las causas de aquella especie de inacción. Al fin, después de muchas vacilaciones, después de ordenar á Reynier que se le uniese con el 2.º cuerpo, racionados los tres para trece días, movióse por Celórico y

Viseo en dirección de Coimbra. El 18 de setiembre entraron las avanzadas francesas en Viseo, encontrando desierta la ciudad, y el 20 llegó el grueso de las tropas, no sin que la artillería y bagages fuesen atacados por el coronel inglés Traut, causándoles alguna pérdida, y deteniéndolos dos días más, cuya detención perjudicó mucho á Massena.

Porque entretanto Wellington, que también había andado perplejo, excitado acaso por los clamores que contra su conducta en Portugal se alzaban, habiendo también dispuesto que se le incorporase la división de Hill, situóse sobre la orilla izquierda del Alva, detrás de la sierra de Murcela, teniendo á su derecha la de la Estrella y á su izquierda el Mondego, donde con sus tropas y con las portuguesas que colocó á retaguardia reunía unos 50.000 hombres. Los días que los franceses se detuvieron de más en Almeida bastaron para que Wellington llegara antes que ellos á la Sierra de Alcoba, de modo que cuando el 26 de setiembre avanzó Ney á la falda de la sierra, ya el ejército anglo-lusitano coronaba la cresta de la montaña delante de Busaco. Han dicho después algunos que si el ejército francés hubiera acelerado su marcha y acometido 36 horas antes, habría sido batido el inglés con probabilidades de destruirle. Sea lo que quiera de estos pronósticos militares que suelen hacerse después de los sucesos⁽¹⁾, empeñóse allí al día si-

(1) El mariscal Jourdan, refiriéndose en sus Memorias á estos

guiente (27 de setiembre) la batalla, al parecer no por gusto de Massena, sino movido éste por los deseos de otros gefes, y por una carta que vió del mariscal Ney, la cual picó su amor propio, y quiso acreditar que no era menos resuelto que sus subordinados.

Empinada, escabrosa y agria como era la montaña, dió orden Massena de embestirla. Hiciéronlo las tropas de Reynier con tál arrojo, que encaramándose á la cima la enseñorearon por un rato, arrollando una division inglesa; mas luego fueron desalojados, despeñándose de la cumbre abajo con gran pérdida. Ney que la subia por otro punto, despues de sufrir á la mitad de ella un vivísimo fuego, fué cargado á la bayoneta, y sus tropas cayeron precipitadas en las honduras y barrancos. El combate duró poco, y sin embargo perdieron los franceses sobre 4.000 hombres, quedando prisionero el general Simon, muerto Graindorge, y heridos Foy y Merle. Comprendió el príncipe de Essling que era temeridad querer apoderarse de la sierra; mandó retirar su ejército á la desfilada, disimulando este movimiento con falsos ataques, y atravesando la sierra de Caramuela por un camino de que le dió noticia un paisano, dirigióse con sus tropas á Coimbra, sin encontrar al paso obstáculo sério. La ciudad habia sido tambien abandonada por los mo-

dichos, justifica de esta censura el 2.º cuerpo no habian llegado al antiguo vencedor de Zurich, y todavia, y hasta la noche no se entre otras reflexiones hace la de incorporaron al 6.º que parece olvidarse que el 8.º y

radores, pero tan precipitadamente que aun encontraron en ella los franceses víveres y recursos que sirvieron de cebo y desordenado pasto á los soldados. Merced al desórden y al saquéo, no pudo Massena moverse de allí hasta el 4 de octubre, detencion que fué tambien benefícosa á los ingleses.

No sacó en verdad Wellington del triunfo de Busaco el partido que era de esperar, pudiendo decirse en este punto de la accion de la Sierra de Alcoba algo parecido á lo de la batalla de Talavera. Dieron, sí, los ingleses una nueva prueba de su valor, y los portugueses comenzaron á inspirar confianza, porque acreditaron que sabian batirse con denuedo. Por lo demás, Wellington emprendió tambien su retirada en busca de las famosas posiciones ó líneas de Torres-Vedras que cubrian á Lisboa, preparadas de antemano. Las tropas cometieron en la marcha tales demasías, que hacian recordar las del malparado ejército de Moore, pero mucho menos disimulables las de ahora, siendo como era un ejército bien alimentado y no vencido: para reprimir tales desmanes tuvo el general en gefe que imponer severísimos castigos, y prohibir á muchos regimientos entrar en poblado. Viéronse además comprometidos y apurados varios cuerpos, inclusa la division Crawford, primero en Leiria, después en Alcoentre y en Alenquer; acosándolos con su natural impetuosidad y viveza los franceses. Tampoco faltó á éstos su contratiempo, pues habiendo dejado á su salida

de Coimbra los enfermos y heridos, con varios oficiales de administracion, en dos conventos fortificados y custodiados por una pequeña guarnicion, fueron sorprendidos, atacados y hechos prisioneros por la columna del coronel inglés Traut, que los trasladó á Oporto, donde los entregó á los ultrages del populacho, á fin de excitar, decia él, el entusiasmo de la poblacion. Al fin fueron entrando los ingleses en las líneas de Torres-Vedras, y no tardó en llegar á ellas el ejército francés, quedándose absorto Massena al encontrarse con unas fortificaciones de por sí maravillosas, y que él ni conocia ni esperaba.

Coronaban estas líneas, que tanta celebridad adquirieron, unas alturas escarpadas, con profundos barrancos á su pié, empalizados y herizados de cañones (4). Wellington habia hecho construir estas obras sin revelar á nadie su plan: en el mismo ejército inglés apenas eran conocidos estos trabajos, y se ignoraba su objeto. Massena se paró ante esta posicion formidable. Distribuyó y colocó sus tropas en Sobral, Villafranca, Orta y Villanova, separadas del enemigo por un valle. Hecho un cálculo de sus fuerzas y medios, y no

(4) En el tomo 7.º de las Memorias de Massena por el general Koch se hace una descripción de estas memorables fortificaciones de la naturaleza y del arte, situadas cerca de Lisboa en el camino de Coimbra, Extremadura portuguesa. Forman una especie de isla entre el Tajo y el mar. Miles de operarios habian trabajado en ellas mas de un año hacia bajo la dirección de ingenieros ingleses. No se sabe qué admirar más, si la prevision de Wellington, si la reserva y misterio que guardó en la construcción y en el objeto de estas obras.

considerándolos suficientes para forzar las líneas, de acuerdo con los otros gefes resolvió enviar á París al general Foy para informar al emperador de su situacion y pedirle refuerzos, esperando entretanto la llegada del 9.º cuerpo y la formacion de la guardia joven que habia de servirle de reserva. Wellington, seguro en aquel formidable atrincheramiento y teniendo libre el mar, iba reforzando su ejército; las bajas se cubrieron con tropas de Inglaterra y de Cádiz: y además pasó de la Extremadura española á unírsele el marqués de la Romana con 8.000 hombres en dos divisiones mandadas por don Carlos O'Donnell y don Martin de la Carrera. Iban entrando tambien en aquel recinto, defendido por 600 bocas de cañon, las milicias de Lisboa y de la Extremadura portuguesa, y todo el que podia y estaba en edad de llevar armas. De modo que á fines de octubre habia dentro de las líneas 130.000 hombres, de ellos 70.000 de cuerpos regulares. «Tan enorme masa de gente, observa con oportunidad un escritor español, abrigada en estancias tan formidables, teniendo á su espalda el espacioso y seguro puerto de Lisboa, y con el apoyo y los socorros que prestaban el inmenso poder marítimo y la riqueza de la Gran Bretaña, ofrece á la memoria de los hombres un caso de los mas estupendos que recuerdan los anales militares del mundo.» Wellington, siempre circunspecto, no se movia de las líneas, esperándolo todo de su impasibilidad. Así estuvieron por

espacio de un mes ambos ejércitos.—Veamos cuál era la posición en que se encontraban Massena y los suyos.

Ellos no podían dar un paso adelante, porque no podían forzar las líneas; los víveres les escaseaban, porque el país les era enemigo; por la espalda los hostigaba la milicia del Norte de Portugal, con la cual se daba la mano la de Beira Baja, y á esta la apoyaba una columna móvil española que mandaba don Carlos España, operando por el lado de Abrantes, villa fuerte que ocupaban los aliados. Las partidas de Leon y de Castilla les cortaban las comunicaciones é interceptaban los socorros. El general Mahy ocupó por dos veces á Leon, y sobre haber tenido en este país algunos reencuentros favorables, conseguía entretener al enemigo y obligarle á mantener en las riberas del Esla y del Orbigo fuerzas bastantes, que por lo mismo no podían acudir á Portugal. Aunque luego fué nombrado Mahy capitán general de Galicia, á fin de que estuviesen en una mano la autoridad superior militar y la dirección de las fuerzas activas, no adelantaron más las operaciones por aquel lado. En Asturias, á donde se extendía también el mando de Mahy, imprimió algún movimiento, y hubo encuentros varios, aunque para los nuestros no ventajosos, acaso por falta de plan, y de poco concierto entre los gefes, de los cuales solían retirarse unos cuando avanzaban otros, no produciendo esta manera de pelear otro efecto que tener en sobresalto continuo á los franceses, y obligarlos á

conservar allí considerable número de tropas. Fueron sin embargo notables las expediciones navales que desde los puertos de Asturias emprendió el intrépido Porlier, tal como la que hizo á la costa de Santander, entrando en Santoña, cogiendo prisioneros, desmantelando baterías enemigas, y alarmando por allí á los franceses; como lo fueron otras atrevidas empresas que así por tierra como por mar solía acometer aquel infatigable caudillo.

Por la parte de Extremadura tampoco podía recibir el ejército francés de Portugal auxilio de importancia. El mariscal Mortier que había quedado allí con el 5.º cuerpo, veíase de continuo incomodado por nuestras tropas y guerrillas: y aunque en 11 de agosto sufrieron los nuestros un descalabro en las alturas de Cantaelgallo, no pasaron los franceses adelante, volviendo á Zafra, donde ántes estaban. Wellington, después de internarse en Portugal la division Hill, aun se desprendió de una brigada portuguesa para enviarla á Extremadura: y tanto esta brigada como la caballería del general español Butron que acudió también á aquellas tierras, sirvieron mucho para salvar nuestro ejército, acometido por fuerzas superiores enemigas en Fuente de Cantos (15 de setiembre), cuando ya estaba algo desordenado y había perdido algunos cañones. Después de esto pasó el marqués de la Romana, como indicamos ya, á incorporarse con Wellington, de propia autoridad y sin contar con el gobierno